

Domingo XXIV del Tiempo Ordinario (13-09-26)

Homilía del cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas, queridísimos hermanos del grupo del GEIN, queridos hermanos que han venido de las demás parroquias, dos de ellas he estado yo como párroco en la Encarnación y en San Lázaro. El Señor nos invita a educarnos en su amor, y todo el texto de Mateo es para eso: para educar a su Iglesia que tenía dificultades de encontrar cómo vivir lo que vivieron con Jesús, con Jesús Resucitado y enviado el Espíritu. Por eso, todo el evangelio es un ensayo de modos de ser fieles a Jesús. Y en este texto (Mt 18, 21-35) surge el problema de parte de Pedro, de esta cuestión que nos ocurre a todos: cuántas veces debo perdonar.

A veces, digamos, hay situaciones en las cuales las personas hacen muchos males y uno está todo el tiempo cediendo y perdonándolas, y se acostumbran y eso, entonces, desespera un poco. El Señor le responde de una manera profunda, tremenda: “No siete veces, sino hasta setenta veces siete”. El número “siete” significa “plenitud”, como los siete días de la semana, completo. “Setenta veces siete” significa “excesivamente pleno”. Por eso, entonces, la palabra “perdón” deriva de una palabra en griego que es “remitir”, es decir, no retenerlo, no fastidiar a aquel que ha pecado. Pero en castellano se tradujo muy bien, significa “persistir en el don”, y el don es la gracia de que todos recibimos la vida, todos somos hermanos, todos merecemos vivir porque somos humanos. A pesar de que seamos unos pendencieros, unos locos, unos asesinos, unos ladrones, unos mafiosos ... el Señor nos considera de sus hijos, nos ama y nos perdona.

Otra cosa es cuando la persona no entra en esa dinámica. Y la insistencia de Jesús es que la Iglesia, en primer lugar, esté

disponible para perdonar, para enseñarle al mundo un camino que puede ser la rectificación de sus errores a través de insistir en que, perdonando, la persona, al final, se puede convertir. Y eso es muy difícil también porque la sociedad que nos muestra el texto en las imágenes que usa Jesús, son propias de un tiempo en el cual había deudas enormes de unos a otros, y las deudas se exigían pagar con violencia, inclusive. Hoy día es muchísimo más. Hoy día está centuplicado el que vivimos endeudados, y a veces no encontramos quién nos perdone. Sobre todo, cuando se trata de préstamos, y cuando esos préstamos son de personas que no tienen la misericordia de este señor rico que, a pesar de ser muy rico, tuvo compasión de ese hombre.

Qué curioso que ese hombrecito que no debía tanto, mientras que después debía a otro que le debía poco y lo extorsionaba también, no tuvo misericordia con él. El texto dice que todos se volvieron muy tristes porque, en efecto, cuando retenemos excesivamente, entonces, perdemos el sentido y cambiamos el sentido de las cosas. El perdón es para permitir que la persona pueda regenerarse, y también se retiene a veces para que pueda pensar y darse cuenta de su problema.

Hoy día esta parábola nos ayuda a todos a instituir el perdón como nuestro horizonte. El Papa León ha dicho esta mañana en Roma que el perdón es constitutivo del ser humano, que solamente con el perdón podemos solucionar los grandes problemas que tenemos hoy día en la historia. Y, por eso, nos dejó como legado de sus primeras palabras: construir entre todos nosotros una paz desarmada y desarmante. Es decir, una paz en donde no se usan las armas y en donde cuando hay armas se les desarma; de tal manera que todos aparecemos en la desnudez de nuestra humanidad y aprendemos a ayudarnos y a querernos.

Toda esta reflexión que hace Jesús tiene que ver directamente con Dios. Nuestro Dios siempre perdona. Me perdonarán algunos hermanos separados o algunas iglesias en donde se está diciendo que tenemos que hacer una “gran lucha en nombre de Dios” para acabar con este “mundo malo”. Paciencia, por favor. En el Antiguo Testamento, como hemos leído, había un poquito esa idea del “toma y daca”. *“El rencor y la ira son de Dios detestables. El pecador los posee, pero el vengativo sufrirá la venganza del Señor”*. Es curioso que se pensara que al Señor se venga, pero esto todavía no se entendía. Lo que Jesús dice no se podía entender todavía porque estaba en el horizonte de que, como que no había quien solucionara un problema grave y, entonces, Dios tenía que intervenir. Por eso, algunos hermanos nuestros, cristianos y católicos también, piensan que Dios todavía está siempre todo el tiempo vengándose. Y Dios no se puede vengar hoy día por una razón: porque su Hijo se encarnó en la humanidad y cada uno de nosotros tiene ya a Cristo en su ser. Puede no conocerlo, pero todos somos otros “Cristos”, Hijos de Dios. Nadie está excluido de la filiación.

Es decir, Dios nos ha perdonado de antemano, nos ha hecho hijos, por lo tanto, hermanos. Es una gran mentira pensar que, en el juicio final, Dios nos va a echar al infierno a los que han obrado mal. Dice en el texto que sí, pero no que Dios los manda, sino que se automandan, se autoexcluyen, reniegan, no quieren, y aun así Dios insistirá todo el tiempo: “ámense los unos a los otros como yo los he amado”.

En este día, hace 34 años, nuestros hermanos del Grupo Especial de Inteligencia (GEIN), no se reunió para ver cómo acabamos con los senderistas y cómo nos desembarazamos de ellos matándolos y acabando con ellos. En esa época también había quien decía: “cuando hay malestar y violencia, lo que hay que hacer es sacar al

ejército". Ya lo hemos visto que, cuando se sacó al ejército, se mató a gente inocente, porque son distintas maneras de actuar en diversas épocas. Y la época fundamental que vivimos nosotros es una época de un conjunto de personas que se organizan y que quieren el mal de nosotros porque quieren su bien, no ven el bien de todos. Eso requiere, por nuestra parte, inteligencia, que es lo que menos hay en el país. "Inteligencia" es una palabra de fe: "intus" significa dentro, y "ligencia" viene de leer. Esto quiere decir: leer dentro de las cosas, leer con profundidad, entender con profundidad qué está pasando. Esa es la primera tarea de la persona inteligente.

La persona inteligente no va y dice: "como hay mucha violencia, entonces, de una vez mata uno con otro y se acabó". ¡Eso es negligencia! Eso es la usurpación de un poder que se contrapone a otro y que genera simplemente una cadena de guerras que no acaba nunca. No solo está pasando en nuestro país, está pasando en el mundo entero. Cómo vamos a resolver el problema con un país que estaban negociando, mandándole matar a la persona con la que está negociando. Y ahí empezó todo, en febrero último y todavía no termina. Y muy probablemente fracase el país que mató al primer responsable. ¿Qué hizo en una situación terrible, mucho peor de la que estamos viviendo hoy día, nuestros hermanos del GEIN? En primer lugar, se propusieron respetar los derechos humanos y hacer un tipo de solución del problema no violento, sin disparo de un solo tiro, lo cual implica un desarrollo enorme de la inteligencia y la imaginación de cómo se hace para poder afrontar una situación tan difícil.

Ustedes saben muy bien, sobre todo, los mayores, que ese señor estaba haciendo y deshaciendo con el país. Hace cuatro años ya festejamos esta Fiesta del Santísimo Nombre de María, Sede de la Sabiduría, que nos recuerda un caso

muy lindo: una pareja de policía que ahora son esposos y nos contaron cómo se encomendaban a la Virgen de la Sabiduría porque tenían miedo de equivocarse. Ellos hicieron una cosa linda: descubrieron que Abimael Guzmán se escondía, con una estrategia muy fina, inteligente, paciente y comprensiva. Y así, unidos ellos, con una lucidez muy grande de lo que se estaba jugando - la paz para nuestro país, el bienestar para los peruanos - hicieron esa “pesca” del “pescado más grande” para sacarlo del medio. Y con eso empezó a generarse la paz.

Hermanos del GEIN, ustedes han tenido en cuenta el principio perdón que el Señor hoy día anuncia. Ustedes han actuado como el Dios que dice que siempre hay que perdonar. Por ustedes también - debemos decirlo - le perdonaron la vida a Abimael Guzmán. Pero el perdonar no significa no hacer justicia, pero la justicia tiene que ser una justicia que siempre implique la posibilidad de que el que ha cometido justicia se repare. Tuvo que salir a la cárcel para que piense su vida e intente reparar todos los males que hizo.

Es una pena que ya haya muerto porque hay un deber, una deuda, que las personas que intervinieron en eso tienen que pagar. Quizás, el pago mayor es que no vuelva a haber ni terrorismo ni terror del Estado en nuestra historia nacional. Es necesario, urgente, que pensemos bien qué estamos haciendo, qué países estamos construyendo, qué Iglesia estamos formando, para que, por su capacidad de hacerse con los demás, pueda reparar las heridas y prevenir los rencores, las violencias.

Ese camino único es el camino de la conversación, del diálogo, que exige no hacer diálogos por hacer, sino constituir una organización de relaciones entre todos nosotros, como lo hicieron los hermanos del GEIN: en pequeño, en grupo y en silencio. Y necesitamos también encomendarlos al Señor para que nos dé la fuerza y la

inteligencia de ver cuánto retenemos para que haya justicia, cuánto cedemos y cuánto siempre mantenemos el derecho humano de que cada uno pueda salir de sus entrapamientos.

Hermanos y hermanas, estamos todos llamados hoy día, gracias a la sabiduría que ustedes tuvieron, y como así se llama nuestra patrona, la Virgen de la Sabiduría, a saborear profundamente las situaciones y entrar en lo profundo. Recordemos que el pecado original fue un pecado de falta de sabiduría: se “comieron” la sabiduría, se comieron el árbol de la ciencia del bien y del mal, no quisieron usarlo como elemento reflexivo. Cuando no hay reflexión, cuando no hay profundización, cuando no hay capacidad crítica, cuando no hay educación, entonces, nos desesperamos y nos empezamos a matarnos a otros, a insultar y a destruirnos, dejando de lado todo lo que valemos como personas.

Por eso, hermanos y hermanas, hoy es un día lindo, porque si tenemos 34 años de habernos salvado de Sendero Luminoso tenemos que continuar para que hayan 50, 60, 100 años más, en donde por la consideración razonable, profunda y sabia que la vida nos da, desistamos de ciertas cosas y, a su vez, organicemos una manera de retener y exigir que no sea destructiva para nadie, pero que sea firme y clara.

Por eso, vamos a dar gracias al Señor por este acontecimiento. Y miren ustedes el otro acontecimiento que ha pasado esta semana: el 11 de septiembre se cumplieron 25 años de la destrucción de las torres gemelas. Lamentablemente, desde entonces se ha ido generando más violencia en el mundo porque la respuesta fue perseguir al violento y hacerle guerra. Las guerras nunca solucionaron nada, se solucionaron con armisticios, pero tampoco los

armisticios son buenos porque son bajo amenaza de que “si exiges yo te ataco”.

La única solución es el perdón y la amistad generada con exigencia y profundidad. No como un jueguito, como un arreglo bajo la mesa. Y ustedes nos han dado ejemplos, hermanos. Por eso estoy contento de haber venido, inclusive afónico. Que Dios los bendiga y los proteja siempre y que ustedes sean la fuente inagotable del Perú que viene. Y que todos los muchachos puedan conocer y comprender que el único camino es ese: el camino del amor gratuito de Dios y su perdón.

Amén